

Una tarde a las ocho

Antonio Pereira

Pliego gráfico de Tino Gatagán. Colección Calle del Agua. Villafranca del Bierzo, 1995

CON ocasión de la «Fiesta de la Poesía» que todos los años desde hace treinta, en vísperas de San Juan, congrega en Villafranca del Bierzo a gentes de la comarca, se ha presentado una nueva colección que lleva el nombre de la hermosa rúa medieval de la villa: Calle del Agua. La tutelan poetas leoneses de varias promociones -Crémer, Pereira, Gamoneda, Mestre- y la inaugura, con un cuidado diseño que incluye un pliego gráfico de Tino Gatagán, este libro de Antonio Pereira.

Bien conocido como novelista y cuentista, sobresale este villafranquino de 1923 en ese tipo de narración oral ligado a la intrahistoria de los pueblos dormidos, que practican con primor los escritores leoneses. Baste recordar la última novela de Luis Mateo Díez y, con él, a Julio Llamazares, a Merino o a Aparicio. Como casi todos ellos cultiva desde antiguo Pereira la poesía. Cercano por amistad al grupo de «Espadaña», publicó sus primeros poemas en la revista a fines de los años cuarenta, cuando se agudizaban las tensiones entre Nora y De Lama -Crémer entre dos fuegos y entre dos juegos- sobre el grado de compromiso social que la publicación debía asumir. Pereira iba por su cuenta y encauzaba los versos hacia ese ámbito de vida a que acabo de aludir.

Vinieron después los libros: «El regreso» (1964), «Del monte y los caminos» (1966), «Cancionero de Sagres» (1969) y «Dibujo de figura» (1972), publicado, como el segundo, en la colección El Bardo. Dos antologías -«Contar y seguir» (Plaza & Janés, 1972) y «Antología de la seda y el hierro» (Provincia, 1986)- permiten hacerse idea cabal de esta escritura fiel siempre a sí misma y rectilínea. Porque, ajeno a escuelas y modas, Pereira defiende con insistencia la libertad de cantar el encanto de los sucesos irrelevantes. Un ejercicio, como a él le gusta decir, de «erótica diocesana»: «Y ahora que has salido/en la televisión y en el Osservatore Romano/a ver si tienes juicio/y dejas el versículo/y el artificio/y el epinicio/y de una vez escribes/lo que te salga de ese sitio».

Desacralizar el oficio de poeta: de eso se trata. Porque el lugar del poema es «el billete de autobús/o mejor/la servilleta del bar» y no se debe «jurar el verso en vano» a fuerza de convertirse en poeta de oficio. La inspiración viene cuando menos se la espera; por ejemplo, «una tarde a las ocho», esa hora que a Gómez de la Sema,

en -Automoribundia-, le parecía «sórdida». Pereira no lo cree así, porque en su costumbre cotidiana es la hora de la tertulia amigable en la ronda del vino. Y es allí donde se devanan las más insólitas fábulas .entre espacios de largos silencios: que «se ha tejido la púrpura del vino/para cubrir las voces del que calla». Beber y contar -explica en el poema inicial del libro, «Prescripciones del vino»- es oficio que requiere sabiduría.

Cuenta la Crónica de Pedro Bracelos que un Don Gonzalo Pereira compró un día treinta caballos para regalarlos a otros tantos amigos. A Antonio, que se declara descendiente por la rama pobre, le «huele a invención y adorno-. Pero muda enseguida de idea al saber que ese mismo día el fachendoso antepasado volvió a comprarlos para regalarlos de nuevo. Y es que, aclara, «a los bebedores del anochecer nos resulta más fácil aceptar lo enorme que lo mediano-. A la vista de sus poemas yo me permitiría modificar la máxima, ya que lo que él hace en ellos es revelar lo enorme de lo mediano en que todas las vidas se igualan.

En efecto, en cualquier esquina de la vida, en los gestos aparentemente más anodinos, halla Pereira materia para componer un cuadro lleno de magia. Cuando lo examinamos de cerca, nos damos cuenta de que ésta no brota de lo que se narra sino de la peculiar textura del discurso, muy ligado al modo de la narratividad oral. Véase, por ejemplo, la estupenda -Oración- del preocupado obsesivo, que repasa una y otra vez grifos y luces, antenas y macetas; agradece al Señor que no le haya hecho cirujano o conductor del autobús escolar, y le dice: -Te pido que un ratito te quedes responsable/que aguantes todo esto mientras voy a un recado/y cualquier día no vuelvo». O sigamos los pasos del protagonista «Del juego», el cual nunca sabrá las veces que a su lado pasó un suicida jugando en el bolso con la cuerda de esparto, o las que junto a él viajó esa desconocida a la que faltaba una hora para ser adúltera: -y tú estabas, pasabas. Y acaso un gesto tuyo/hubiera desviado el brazo de El que tira los dados».



Al igual que en la creación oral, la clave del arte radica en la capacidad de crear una atmósfera en la que la realidad inmediata se transfigura. Pereira lo logra con muy pocos elementos, apoyándose en leves insinuaciones y exprimiendo el jugo del acervo de frases hechas que jalonan nuestra vida. Renunciando a cualquier pretensión de construcción trascendente, atento a lo mínimo, confirma el escritor leonés en este libro cordial y distendido el buen oficio de un realismo mágico en tono

menor: justo el que conviene para la comunicación en esa «hora cansada donde fluye lo sobrante del mundo».